

EDITORIAL

HAY QUE EVITAR EL DERROCHE O LA ACUMU- LACION IMPRODUCTIVA DE CAPITALES

Discurso de Pío XII al Congreso Internacional de Crédito.

El 24 de octubre, el Padre Santo recibió en audiencia a los representantes de cuarenta y siete naciones que han asistido en Roma al Congreso Internacional del Crédito. Su Santidad les dirigió el siguiente discurso :

ESTA iniciativa vuestra, que os agradecemos, señores, es una prueba convincente de la alta idea que tenéis de vuestra profesión y de vuestro papel. Además de un inteligente manejo de los fondos, por encima del simple interés financiero de vuestros establecimientos y de sus clientes, vosotros colocáis su utilidad moral y social. Marcáis la frontera o, más exactamente, el punto de contacto del capital, del pensamiento, del trabajo.

Mientras que pescadores de agua revuelta subrayan exagerándola su oposición, vuestra tarea consiste en ponerles en relación, en hacerles mutuamente útiles. Sobre todo en el

aspecto del crédito, que ha sido el objeto central de vuestro Congreso Internacional, sois mucho más que ejecutores o mandatarios de las operaciones bancarias, los consejeros.

Empleo provechoso del capital.

¡Cuántos capitales se pierden en el derroche, en el lujo, en el egoísmo y en el gozo egoísta y fastidioso, o se acumulan durmiendo sin provecho! Siempre habrá egoístas y viciosos y siempre habrá avaros y tímidos de corta vista. Su número podría reducirse considerablemente si se supiera interesar a quienes poseen en un empleo juicioso y provechoso de sus fondos, opulentos o modestos. Es, en gran parte, la falta de ese interés lo que hace que el dinero corra o duerma. Para remediarlo, vosotros podéis mucho, por el cuidado de transformar a los simples imponentes en colaboradores, a título de obligacionistas o de accionistas, de empresarios, cuya decisión y prosperidad sería de gran utilidad común: bien sea que se trate de utilidad industrial o de producción agrícola, de trabajos públicos o de construcción de viviendas populares, de instituciones de educación o de cultura, de obras de beneficencia o de servicio social.

Los Consejos de administración.

Se ha hablado mucho de los Consejos de administración; la crítica podía ser justificada en la medida en que sus miembros no tuvieran a la vista sino acrecentamiento excesivo de sus dividendos. Si, por el contrario, se proponen la sabia y santa orientación de los capitales, por este solo título harían obra social de primer orden.

Pesa sobre ellos una solicitud intensa, moral, psicológica, bien diferente del simple trabajo impersonal de oficina o de ventanilla. Quién sabe si, para suplirlo, no se inventará al-

gún día un perfeccionamiento tal de esas máquinas de contabilidad, de esos cerebros mecánicos o eléctricos en que el cliente no tenga necesidad sino de apretar un botón para realizar todas las operaciones que le han llevado al Banco. ¿Pero qué máquina ingeniosa, qué sistema hábil suplirá jamás al banquero, al dirigente de un establecimiento de crédito que se aplica a estudiar al visitante para descubrirle y hacerle adquirir conciencia de lo que puede interesarle, para canalizar, si se puede hablar así, su cooperación y hasta obligarle a seguir con inteligencia y con afecto la marcha de la empresa y de la obra que sostiene? ¿No es esto ejercer una acción social y moral eminentemente preciosa y fecunda?

A pesar de todo, el suscriptor quiere asegurarse de que no pierde sus fondos. Incluso desea, sin perjuicio de una honesta ganancia para sí, hacer de ellos un instrumento en beneficio del prójimo y de la sociedad. Esto supone, evidentemente, que la empresa merece su colaboración y que es en sí misma merecedora de este interés, porque se armoniza con sus disposiciones y sus gustos personales.

Y he aquí ahora otro objeto de vuestro papel.

Ayuda a las felices iniciativas

El que recurre a vosotros para obtener un crédito es un joven inventor, es un hombre de iniciativas, un bienhechor de la humanidad. Vosotros tenéis que estudiarlo para no arriesgar la entrega confiada a un utópico o a un desaprensivo, para no correr el riesgo de rechazar a un solicitante que lo merece, capaz de rendir inmensos servicios, al que no faltan sino los recursos indispensables para la realización. Os es preciso pensar en su valor, comprender sus proyectos y sus planes, ayudarle, si se presenta el caso, con algún consejo o sugestión, para ahorrarle una imprudencia, para hacer

su plan más práctico, para ver, en fin, a qué mecenas dirigirle y recomendarle. ¡Cuántos genios, cuántos hombres inteligentes, generosos, activos, mueren en la miseria, desalentados, sin dejar sobrevivir sino una idea pero una idea que otros más hábiles sabrán explotar en provecho suyo. Existen, además, todos aquellos a quienes un mal año, una cosecha deficiente, perjuicios ocasionados por la guerra o la revolución, por la enfermedad o por alguna circunstancia imprevista e imprevisible, sin culpa ninguna suya pone en dificultad pasajera. Podrían, gracias a un crédito, levantarse, volverse a poner en marcha y, con el tiempo, amortizar su deuda. A todos estos, ¡qué socorro material y qué aliento moral podéis llevarles!

Contribuir a evitar el paro.

Después de lo que acabamos de decir, nos parece superfluo detenernos en hablar de las consecuencias que se derivan inmediatamente del encuentro entre el capital y las ideas. En proporción a la importancia de este capital, al valor práctico de estas ideas, va implicada más o menos, muchas veces, la crisis del trabajo. El obrero laborioso y concienzudo obtendrá más fácilmente una ocupación; el crecimiento de la producción le permitirá tender lentamente acaso, pero progresivamente, hacia un equilibrio económico; los múltiples inconvenientes y desórdenes, frutos deplorables del paro, serán atenuados con mayor bienestar en la sana vida doméstica, social y, por tanto, moral. En cierta medida, por modesto que pueda ser el ahorro, resultará posible a un mayor número, con las ventajas de todo orden de que hablamos en una alocución sobre el tema (3 de diciembre de 1950).

La alegre conciencia de que tenéis una parte grande en tal obra de restauración debe animaros en las dificultades, en

las inquietudes, hasta en las hostilidades que, sobre todo en tiempos como estos, no podrán faltaros.

En cuanto a Nos, señores, apreciando altamente vuestra actividad y el espíritu que la dirige, invocamos de todo corazón sobre ella, sobre vuestras personas y sobre vuestras familias, todas las gracias de Dios.

